

MI ENCUENTRO CON UN MENSAJE DEL SER Y CON UN CASO DI COSCIENZA

En el mes de mayo de 1982 llegó a mis manos una Documentación publicada en Jerusalén, Israel. En esa publicación, *Un Caso di Coscienza*, se ofrecía toda la documentación relativa a la toma de conciencia de tres frailes franciscanos de la Custodia de Tierra Santa, a quienes he tenido la oportunidad de tratar personalmente. En el último documento que se nos ofrece, en la citada publicación, aparece la decisión firme de los tres frailes de abandonar la Orden a la cual pertenecieron por varias décadas. Éste es el hecho escueto y sencillo: tres religiosos de la Iglesia Católica Romana abandonan esa Institución.

Desde el mismo momento que tuve la publicación en mis manos me di cuenta de lo extraordinario y trascendente de ese acontecimiento. A simple vista, podría ser considerado ese hecho como un caso más, entre los muchos que acontecen a diario, de que uno o más religiosos abandonen las Órdenes en las cuales estaban inscritos. Sin embargo, me di cuenta, al vuelo, que allí se estaba escenificando uno de los hechos más singulares de este siglo XX. Lo que los tres frailes llaman *caso de conciencia* era poner al descubierto la descalificación de *todo* lo que ha sido la humanidad anterior – hombre viejo–, y paralelamente nos ofrecían la única salida válida ante la crisis histórica y espiritual que hoy vivimos, es decir, la entrega *total, incondicional, directa* al Ser.

A mí me emocionó profundamente esta toma de conciencia y una de las cosas que más me extrañaba era que fuesen, precisamente, religiosos pertenecientes a la Iglesia Católica Romana en quienes se diera una lucidez tan profunda, y al mismo tiempo que esa lucidez los haya llevado a tomar una decisión tan resuelta como fue la de dar un salto en el vacío. A medida que entraba en los pormenores del drama que se

había escenificado entre los tres religiosos y la Custodia de Tierra Santa, se acentuaba cada vez más en mí el convencimiento de que ese hecho debía ser lanzado a los cuatro vientos, ser divulgado en todos los rincones del planeta.

A medida que iba leyendo la publicación «descubría en mí una profunda afinidad con los tres religiosos. Yo nunca he pertenecido a ninguna fe confesional; nunca me he sentido adepto a ninguna doctrina. El conocimiento de que soy nada me liberó de pertenecer a cualquier grupo o institución. Pues bien, los tres frailes, ya en la plena madurez de sus vidas llegaban a un convencimiento similar al mío. Sentí de inmediato que debía poner todo mi empeño en que esa decisión de los tres frailes fuera ampliamente difundida. Yo siempre me he vivido en solitario. Pues bien, el Ser me brindaba ahora la oportunidad de hacer una vida en común sobre los supuestos que siempre habían alentado mi vida. El hecho de que este yo que yo soy es nada, y que el asumir esa nada es el único camino para descubrir la esencia definitiva del hombre: la Verdad del Ser.

Yo he transitado por muchos caminos. Me he apasionado por el budismo, el taoísmo, por los presocráticos; me he interesado profundamente por Krishnamurti; me han impactado notablemente las enseñanzas del *Don Juan* de Carlos Castañeda. En los últimos años me he dejado fascinar por la mística cristiana: el maestro Eckhart, Francisco de Asís, Juan de la Cruz, Teresa de Ávila. Todos esos encuentros los hice guiado por la óptica de la diferencia ontológica, tomada de Martín Heidegger, según la cual la identificación real con el Ser es la verdad absoluta del hombre. Esa identificación con el Ser, esa claridad de que el Ser es inefable fue lo que me liberó de adscribirme a ningún sistema, a ninguna organización.

En todo ese recorrido a través de la gran mística encontré el mismo denominador común: el convencimiento de que el

yo es nada, y al lado de esa nada se revela que la verdadera esencia del yo es el Ser. He tenido, también, la buena fortuna de haberme compenetrado existencialmente con el movimiento de *lo absurdo*. Comprendí que lo absurdo no era un movimiento casual, una corriente literaria más; sino, precisamente, la culminación de los veinticinco siglos de esta cultura de Occidente. En la literatura de lo absurdo se pone de manifiesto el fracaso de la racionalidad; no ya un fracaso reservado al mero intelecto, a lo académico, sino en el vivir corriente. Con lo absurdo la descalificación de la razón penetra hasta en los menudos detalles de la cotidianidad. Siempre me ha sorprendido que los responsables, en esta cultura occidental, en el arte, en la ciencia y en el pensamiento en general, no hayan visto lo que realmente ha representado el movimiento de lo absurdo.

En los últimos cuatro años me he interesado por un Mensaje en el cual el Ser se revela a través de una determinada persona, a través de Josefina Chacín, *la esclava del Señor*. A pesar de que se trata efectivamente de un mensaje, lo más singular y extraño de este Mensaje, es que replantea y dice lo mismo, con nuevas palabras, de manera aún más elocuente, que la esencia del hombre es la nada, y que esta nada o salto en el vacío, es el único camino legítimo hacia la casa del Ser.

“La ‘Nada’ es lo más cercano al Ser

y es lo que somos:

somos ‘Nada’..

La ‘Nada’ está más allá del pensamiento,

ella está por encima del entendimiento.

Por tanto, no se llega a ella por el conocimiento,

sino por la ‘renunciación’..

Para llegar al Ser hay que dar un salto en el vacío,

ese ‘vacío’ es la ‘Nada’ ”.

La cita anterior está tomada de uno de los libros del Mensaje. Como es fácil de notar, no hay diferencia esencial entre este Mensaje y la gran mística. Sin embargo, vale la pena señalar que este Mensaje se adecuaba al hombre de hoy; es precisamente el llamado que el Ser mismo hace a los hombres de este siglo, a fin de que tomen conciencia de Él.

La compenetración que voy teniendo con el Mensaje es porque allí he encontrado expresada la motivación profunda que me ha acompañado por más de tres décadas. Pero el Mensaje representa para mí, no sólo la posibilidad de compartir una doctrina, un planteamiento intelectual; sino que se me ha presentado como la oportunidad más concreta, y más a mi alcance, de llevar a la práctica lo que por tantos años ha sido el contenido principal de mis clases y de mis libros. Hasta hace pocos años sentí que mi dedicación a la filosofía, mi identificación con la nada y con el Ser debía traducirse y plasmarse hasta en los hechos más sencillos de mi vivir más corriente. Hasta hace pocos años había en mí una dualidad: de un lado, un interés profundo por los temas de la nada y del Ser, un interés que removía los cimientos de mi vida; de otro lado sin embargo, notaba que fuera de los momentos en que me ocupaba temáticamente del Ser y de la nada, yo vivía prisionero de los condicionamientos de esta sociedad constitutivamente egolátrica. A pesar de que igualmente había alcanzado una gran claridad intelectual sobre lo que es el yo, es lo cierto que todos esos conocimientos se quedaban solamente como simple teoría. Pues bien, el atractivo que para mí tuvo el Mensaje fue que veía en él la posibilidad de hacer vida aquello de lo que tanto había hablado. Lo que más me sedujo del Mensaje, fue que las personas que conocía identificadas con él había en ellas una correspondencia real entre la palabra y el hecho. No que estas personas hubieran llegado ya a la perfección, pero sí había en ellas ese propósito de fidelidad a la entrega, a la negación propia. Sobre todo, cuando uno conoce de cerca a la persona que recibió el

Mensaje, puede darse cuenta de cómo ella es de una fidelidad completa a esa entrega total, incondicional e irrestricta al Ser....

El interés que ha despertado en mí *Un Caso de Conciencia* no es, como se ve, por razones adjetivas; sino por razones sustanciales. Era para mí un ejemplo vivo de fidelidad y de consecuencia con lo que creemos que estamos llamados a ser. Precisamente, lo más valioso de *Un Caso de Conciencia* es la fidelidad. Una fidelidad que lleva consigo no solamente el riesgo de romper con la institución dentro de la cual uno había hecho su vida; sino el riesgo de correr la aventura más espectacular que le pueda tocar a un ser humano: desidentificarse de consigo mismo y ponerse total e incondicionalmente en manos de lo Desconocido, del Ser.

CONCIENCIA HISTÓRICA Y CONCIENCIA DEL SER

“La historia es el tesoro de los errores” (José Ortega Gasset). Hay dos grandes vías que nos llevan a la misma conclusión del fracaso de lo humano en el hombre: la razón y la historia....

Frente a ese aparente total desastre, hagamos un momento de silencio, reunamos todo el coraje y la paciencia de que podamos ser capaces y quedémonos en quietud. ¿Será acaso posible que silencio y quietud sean una vía para acercarnos a la Realidad absoluta? Veámoslo. Quedémonos efectivamente en silencio. ¿Qué pasa? Ahí siguen las cosas, aquí estoy yo, sin la posibilidad de recurrir ni a la razón ni a la historia, pero sigo siendo yo. Parece ser que ese aparente total fracaso no me arrastra del todo; hay algo en mí que no es afectado por ese fracaso.

¿Qué es lo que hay en mí que no queda afectado ni por la razón ni por la historia? Cuando me he quedado en silencio, cuando he podido entregarme a la quietud, en ese silencio, en esa quietud irrumpe el brillo del Ser, escuchamos la voz de la conciencia. El Ser, la Conciencia, siempre estuvieron allí, pero fue preciso que el hombre pasara por el trauma de desprenderse de la razón y de lo histórico, para que el Ser pudiera desencubrirse. Razón e historia eran los obstáculos y el hombre tenía que desengañarse dramáticamente de esos obstáculos a fin de que el camino quedara libre. Hoy el camino está libre.

El error, el fracaso, no son de por sí negativos. En este caso han sido altamente positivos, iluminadores. Fue preciso, y es preciso pasar por el error para descubrir la Verdad. El error no es, sin más, lo contrario de la Verdad; sino una parte esencial de la misma. Esto mismo se nos dice en el Mensaje: es preciso vivir el hecho de que la identificación con el yo no es, para que en nosotros pueda darse la entrega real al Ser y así

podamos emprender el camino de peregrinos de la Verdad. Podría alguien argüir: ¿si la historia es error no querrá ello decir, igualmente, que el Mensaje es también error? ¿Todo lo que la historia produce, acaso no lo consume ella misma? Conviene detenernos parsimoniosamente: la palabra de los grandes maestros, de un Buda, de un Lao Tsé, de un Jesucristo, y este Mensaje, no proceden de lo humano, no tienen el sello de lo histórico; por tanto, la historia no los consume. Los mensajes de estos grandes maestros, no son fruto del esfuerzo humano, no son resultado de la actividad, del juego de las facultades humanas. El mensaje de Buda, pongamos por caso, es un don que Gotama recibe. Gotama aprendió a hacer silencio, se dio cuenta de que no podía contar con sus meras posibilidades humanas; se quedó quieto, y en esa quietud hacía entrega de sí mismo, se negaba a sí mismo, y como fruto de esa negación, resplandeció en él la voz del Ser: El Ser, Aquello de donde todo procede y adonde todo regresa; Aquello que está antes y después, que es siempre; Eso que nada consume. Desde el momento en que el hombre trasciende los linderos de lo humano se vuelve uno con Eso: *“Yo y el Padre somos uno”*. (Jn,10, 30).

*“Cuando llegamos a la ‘Nada’ somos ‘Libertad’
y nos encaminamos hacia el Ser.*

Todos vamos necesariamente hacia el Ser.

De espaldas al Ser

la ‘Nada’ es negativa porque ‘no-es’.

De frente, hacia el Ser,

la ‘Nada’ es lo más positivo del ser humano”.

La nada se puede decir que es uno de los redescubrimientos más extraordinarios que se dan en el hombre del siglo. Con la conciencia de la nada se trasciende lo que la razón y la historia pudieron brindarnos como camino hacia la Verdad. La nada es ese ambiente de silencio, de quietud, donde hemos

de aprender a entrar. La nada, como ya se ha dicho, se nos presenta hoy como la gran institutriz del hombre. La nada está más allá de todas las academias, más allá de todas las universidades, más allá de todos los laboratorios de experimentación científica, más allá de todo poder mental, más allá de todo esoterismo.

“Cuando llegamos a la ‘Nada’ somos ‘Libertad’.” La nada libera al hombre de todo posible asidero, de todo posible atractivo que pudiera provenir del mundo humano los mundos invisibles: “Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo, nidos; pero el hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Mt. 8,20). La indigencia radical es el más rico tesoro de que dispone el hombre. Por eso, cuando vemos que este hombre del siglo XX ha sido lanzado a las playas de la indigencia por la resaca de la historia, es para cantar ¡Aleluya!

La revolución está en marcha; el hombre ya ha avizorado la Tierra Prometida, la “Nueva Tierra”. Sólo nos resta aprender a ser fieles a la voz de la conciencia. Pero también es cierto que a la humanidad presente sólo le queda esta alternativa: o se hunde en las tierras cenagosas de la soledad desolada, o aprende a descubrir aquella soledad sonora de que nos hablaba Juan de la Cruz. O nos quedamos en la desolación o entramos en la casa de la Bienaventuranza.

¿Qué decir de las revoluciones que nos propone la historia, tales por ejemplo, la Revolución Francesa, la Revolución Rusa? Una gran melancolía nos invade cuando pensamos que muchos de nuestros congéneres están todavía atrapados en esas aguas cenagosas de la historia y de la razón. Es hora de que despertemos de la inconciencia. Hasta este momento la inconciencia no nos hacía responsables de nuestros actos, pero a partir de ahora, cuando el Ser nos habla a través de este Mensaje, habremos de ser considerados plenamente responsables de lo que hagamos con nuestras vidas. Se puede decir que la conciencia de la nada es la mayoría de edad para el hombre, ya no podremos entregarnos a ser llevados de la

mano por nuestra madre, la historia, por nuestro padre, la razón; sino que hemos de aprender a caminar por nosotros mismos.

Para el hombre se inicia una nueva era, una nueva historia. Hasta hoy el hombre estuvo en manos de los dioses y en poder del arbitrio humano, el yo. Hoy se abre la luminosa posibilidad de que el Ser mismo sea el que tome las riendas del destino humano. Pero para que ello sea posible es imprescindible que aprendamos la lección de la total humildad: que reconozcamos la imperativa necesidad de entregarnos total, incondicional y directamente al Ser, al Ser que, en definitiva, es nuestra verdadera Esencia.

(Tomado del *Ensayo* de Guillent Pérez, pp. 15-20; 51-56)